

## CARTA VII

### DEL MISMO AL MISMO

En el imperio de Marruecos todos somos igualmente despreciables en el concepto del emperador y despreciados en el de la plebe<sup>1</sup>, siendo muy accidental la distinción de uno u otro individuo para él mismo, y de ninguna esperanza para sus hijos; pero en Europa son varias las clases de vasallos en el dominio de cada monarca.

La primera consta de hombres que poseen inmensas riquezas de sus padres y dejan por el mismo motivo a sus hijos considerables bienes. Ciertos empleos se dan a éstos solos, y gozan con más inmediación el favor del soberano. A esta jerarquía sigue otra de nobles menos condecorados y poderosos. Su mucho número llena los empleos de las tropas, armadas, tribunales, magistraturas y otros, que en el gobierno monárquico no suelen darse a los plebeyos, sino por algún mérito sobresaliente.

Entre nosotros, siendo todos iguales, y poco duraderas las dignidades y posesiones, no se necesita diferencia en el modo de criar los hijos; pero en Europa la educación de la juventud debe mirarse como objeto de la primera importancia. El que nace en la ínfima clase de las tres, y que ha de pasar su vida en ella, no necesita estudios, sino saber el oficio de su padre en los términos en que se lo ve ejercer. El de la segunda ya necesita otra educación para desempeñar los empleos que ha de ocupar

<sup>1</sup> En este lugar falta en F, quizás por descuido del amanuense, o por mejor decir todos somos plebe. Téngase en cuenta, de todos modos, que plebe y plebeyo son antónimos de nobleza y de noble, sin que en ellos se advierta «connotación peyorativa». (Lapesa, *Ideas y palabras*, pág. 208, cit. en la Bibliografía.)

con el tiempo. Los de la primera se ven precisados a esto mismo con más fuerte obligación, porque a los 25 años, u antes, han de gobernar sus estados, que son muy vastos, disponer de inmensas rentas, mandar cuerpos militares, concurrir con los embajadores, frecuentar el palacio y ser el dechado de los de la segunda clase.

Esta teoría no siempre se verifica con la exactitud que se necesita. En este siglo se nota alguna falta de esto en España. Entre risa y llanto me contó Nuño un lance que parece de novela, en que se halló, y que prueba la viveza de los talentos de la juventud española, singularmente en algunas provincias; pero antes de contármelo, puso el prelude siguiente:

—Días ha que vivo en el mundo como si me hallara fuera de él. En este supuesto, no sé a cuántos estamos de educación pública; y lo que es más, tampoco quiero saberlo. Cuando yo era capitán de infantería<sup>2</sup>, me hallaba en frecuentes concursos de gentes de todas clases: noté esta misma desgracia y, queriendo remediarla en mis hijos, si Dios me los daba, leí, oí, medité y hablé mucho sobre esta materia. Hallé diferentes pareceres: unos sobre que convenía tal educación, otros sobre que convenía tal otra, y también alguno sobre que no convenía ninguna.

Pero me acuerdo que yendo a Cádiz, donde se hallaba mi regimiento de guarnición, me extravié y me perdí en un monte. Iba anocheciendo, cuando me encontré con un caballero de hasta 22 años, de buen porte y presencia. Llevaba un arrogante caballo, sus dos pistolas primorosas, calzón y ajustador de ante con muchas docenas de botones de plata, el pelo dentro de una redecilla blanca, capa de verano caída sobre el anca del caballo, sombrero blanco finísimo y pañuelo de seda morado al cuello. Nos saludamos, como es regular, y preguntándole por el camino de tal parte, me respondió que estaba lejos de allí; que la noche ya estaba encima

<sup>2</sup> Cadalso recibió la graduación de capitán en 1764; y téngase presente que en Nuño se representa el propio autor.

y dispuesta a tronar; que el monte no era muy seguro: que mi caballo estaba cansado; y que, en vista de todo esto, me aconsejaba y suplicaba que fuese con él a un cortijo de su abuelo, que estaba a media legua corta. Lo dijo todo con tanta franqueza y agasajo, y lo instó con tanto empeño, que acepté la oferta. La conversación cayó, según costumbre, sobre el tiempo y cosas semejantes; pero en ella manifestaba el mozo una luz natural clarísima con varias salidas de viveza y feliz penetración, lo cual, junto con una voz muy agradable y gusto muy proporcionado, mostraba en él todos los requisitos naturales de un perfecto orador; pero de los artificiales, esto es, de los que enseña el arte por medio del estudio, no se hallaba uno siquiera. Salimos ya del monte cuando, no pudiendo menos de notar lo hermoso de los troncos que acabábamos de ver, le pregunté si cortaban de aquella madera para construcción de navíos.

—¿Qué sé yo de eso? —me respondió con presteza—. Para eso, mi tío el comendador. En todo el día no habla sino de navíos, brulotes<sup>3</sup>, fragatas y galeras. ¡Válgame Dios, y qué pesado está el buen caballero! ¡Poquitas veces hemos oído de su boca, algo trémula por sobra de años y falta de dientes, la batalla de Tolón, la toma de los navíos la *Princesa* y el *Glorioso*<sup>4</sup>, la colocación de los navíos de Leso<sup>5</sup> en Cartagena! Tengo la cabeza llena de almirantes holandeses e ingleses. Por cuanto hay en el mundo dejará de rezar<sup>6</sup> todas las noches a San Telmo

<sup>3</sup> *brulote*, galicismo entonces bastante reciente, del fr. *brûlot*: «navío que llaman de fuego, lleno de alquitrán y otros ingredientes bituminosos y combustibles, que sirven para quemar otros navíos» (*Dicc. Aut.*). Véase también Carta LX, nota 2.

<sup>4</sup> La batalla de Tolón, entre españoles y franceses por una parte e ingleses por otra, tuvo lugar en 1744. El navío *La princesa*, intervino en ella, mientras *El glorioso* participó después en otra batalla contra los ingleses en 1747, según los datos aportados por Dupuis y Glendinning.

<sup>5</sup> El marino español Blas de Lezo (1687-1741), que llegó a teniente general, defendió, en 1740, frente a los ingleses, la ciudad de Cartagena de Indias, donde murió.

<sup>6</sup> *dejará de rezar*: entiéndase lógicamente como «no dejará de rezar» a San Telmo, patrón de los navegantes.

por los navegantes; y luego entra un gran parladillo<sup>7</sup> sobre los peligros de la mar al que se sigue otro sobre la pérdida de toda una flota entera, no sé qué año, en que se escapó el buen señor nadando, y luego una digresión muy natural y bien traída sobre lo útil que es el saber nadar. Desde que tengo uso de razón no lo he visto corresponderse por escrito con otro que con el marqués de la Victoria<sup>8</sup>, ni le he conocido más pesadumbre que la que tuvo cuando supo la muerte de don Jorge Juan<sup>9</sup>. El otro día estábamos muy descuidados comiendo, y, al dar el reloj las tres, dio una gran palmada en la mesa, que hubo de romperla o romperse las manos, y dijo, no sin muchísima cólera: —A esta hora fue cuando se llegó a nosotros, que íbamos en el navío «La princesa», el tercer navío inglés; y a fee que era muy hermoso: era de noventa cañones<sup>10</sup>. ¡Y qué velero! De eso no he visto. Lo mandaba un señor oficial. Si no por él, los otros dos no hubiéramos contado el lance. Pero, ¿qué se ha de hacer? ¡Tantos a uno! —. Y en esto le asaltó la gota que padece días ha, y que nos valió un poco de descanso, porque si no, tenía traza de irnos contando de uno en uno todos los lances de mar que ha habido en el mundo desde el arca de Noé.

Cesó por un rato el mozalbete la murmuración contra un tío tan venerable, según lo que él mismo contaba; y al entrar en un campo muy llano, con dos lugaritos que se descubrían a corta distancia el uno del otro:

<sup>7</sup> *parladillo*, «cláusula de estilo levantado u afectado» (*Aut.*).

<sup>8</sup> El marqués de la Victoria era el jefe de la escuadra española en la mencionada batalla de Tolón.

<sup>9</sup> Jorge Juan y Santacilla (1713-1773) fue famoso como marino y como especialista en temas náuticos. A juzgar por la fecha de muerte del marino, a la que se refiere el texto, y por la de composición de las *Cartas* en Salamanca, entre 1773 y 1774, Cadalso se refiere a hechos muy inmediatos, todavía vivos. Vid. Carta LXVII, nota 4.

<sup>10</sup> Según una erudita apreciación de D-G, ninguno de aquellos navíos era de noventa cañones, sino de setenta. Lo cual, más que entenderse como apreciación errónea de Cadalso, parece ser mera exageración del tío del *caballerete*.

—¡Bravo campo —dije yo— para disponer setenta mil hombres en batalla! — Con ésas a mi primo el cadete de Guardias —respondió el otro con igual desembarazo. Sabe cuántas batallas se han dado desde que los ángeles buenos derrotaron a los malos. Y no es lo más eso, sino que sabe también las que se perdieron, por qué se perdieron; las que se ganaron, por qué se ganaron; y por qué quedaron indecisas las que ni se ganaron ni se perdieron. Ya lleva gastados no sé cuántos doblones en instrumentos de matemáticas, y tiene un baúl lleno de unos planos, que él llama, y son unas estampas feas que ni tienen caras ni cuerpos.

Procuré no hablarle más de ejército que de marina, y sólo le dije: —No será lejos de aquí la batalla que se dio en tiempo de don Rodrigo y fue tan costosa como nos dice la historia.

—¡Historia! —dijo—. Me alegrara que estuviera aquí mi hermano el canónigo de Sevilla; yo no la he aprendido, porque Dios me ha dado en él una biblioteca viva de todas las historias del mudo. Es mozo que sabe de qué color era el vestido que llevaba puesto el rey don Fernando cuando tomó a Sevilla.

Llegábamos ya cerca del cortijo, sin que el caballero me hubiese contestado a materia alguna de cuantas le toqué. Mi natural sinceridad me llevó a preguntarle cómo le habían educado, y me respondió: —A mi gusto, al de mi madre y al de mi abuelo, que era un señor muy anciano que me quería como a las niñas de sus ojos. Murió de cerca de cien años de edad. Había sido capitán de Lanzas de Carlos II, en cuyo palacio se había criado. Mi padre bien quería que yo estudiase, pero tuvo poca vida y autoridad para conseguirlo. Murió sin tener el gusto de verme escribir. Ya me había buscado un ayo, y la cosa iba de veras, cuando cierto accidentillo lo descompuso todo.

—¿Cuáles fueron sus primeras lecciones? —preguntéle yo. —Ninguna —respondió el muchacho—; ya sabía yo leer un romance y tocar unas seguidillas; ¿para qué necesita más un caballero? Mi dómine bien quiso meter-

me en honduras, pero le fue muy mal y hubo de irle mucho peor. El caso fue que había yo concurrido con otros amigos a un encierro. Súpolo, y vino tras mí a oponerse a mi voluntad. Llegó precisamente a tiempo que los vaqueros me andaban enseñando cómo se toma la vara. No pudo traerle su desgracia a peor ocasión. A la segunda palabra que quiso hablar, le di un varazo tan fuerte en medio de la cabeza, que se la abrí en más cascotes que una naranja; y gracias a que me contuve, porque mi primer pensamiento fue ponerle una vara lo mismo que a un toro de diez años; pero, por primera vez, me contenté con lo dicho. Todos gritaban: ¡Viva el señorito! Y hasta el tío Gregorio, que es hombre de pocas palabras, exclamó: —¡Lo ha hecho uzía<sup>11</sup> como un ángel del cielo!

—¿Quién es ese tío Gregorio? —preguntéle, atónito de que aprobase tal insolencia; y me respondió: —El tío Gregorio es un carnicero de la ciudad que suele acompañarnos a comer, fumar y jugar. ¡Poquito le queremos todos los caballeros de por acá! Con ocasión de irse mi primo Jaime María a Granada y yo a Sevilla, hubimos de sacar la espada sobre quién lo había de llevar; y en esto hubiera parado la cosa, si en aquel tiempo mismo no le hubiera prendido la justicia por no sé qué puñaladillas que dio en la feria y otras frioleras semejantes, que todo ello se compuso al mes de cárcel.

Dándome cuenta del carácter del tío Gregorio y otros iguales personajes, llegamos al cortijo. Presentóme a los que allí se hallaban, que eran amigos o parientes suyos de

<sup>11</sup> *Uzía* (en D-G, *usia*) es forma que pretende reflejar quizás el habla del personaje andaluz. En la misma línea está el constante uso de diminutivos en todo el parlamento: *caballerete*, *poquitas*, *mozalbete*, *lugarcitos*, *accidentillo*, *poquito*, *puñaladillas*, *caballeritos*, *preciosilla*. Es más, en la edición del *Correo de Madrid* (1788) aparecen otra serie de variantes: *toita*, *naar*, *Ceviya*, *Granaa*, *jonduras*, *jasta*, *jablando*, que demuestran explícita voluntad de acercarse al habla popular andaluza. El propio Cadalso cuenta en sus *Apuntaciones autobiográficas* que, cuando el motín de Esquilache, salvó la vida al conde de O'Reilly, templando la furia del populacho con «cuatro dichos andaluces de mi boca» (página 123).

la misma edad, clase y crianza; se habían juntado para ir a una cacería; y esperando la hora competente, pasaban la noche jugando, cenando, cantando y hablando; para todo lo cual se hallaban muy bien provistos, porque habían concurrido algunas gitanas con sus venerables padres, dignos esposos y preciosos hijos. Allí tuve la dicha de conocer al señor tío Gregorio. A su voz ronca y hueca, patilla larga, vientre redondo, modales ásperas<sup>12</sup> frecuentes juramentos y trato familiar, se distinguía entre todos. Su oficio era hacer cigarros, dándolos ya encendidos de su boca a los caballeritos, atizar los velones, decir el nombre y mérito de cada gitana, llevar el compás con las palmas de las manos cuando bailaba alguno de sus más apasionados protectores, y brindar a sus saludes<sup>13</sup> con medios cántaros de vino. Conociendo que venía cansado, me hicieron cenar luego y me llevaron a un cuarto algo apartado para dormir, destinando un mozo del corujo que me llamase y condujese al camino. Contarte los dichos y hechos de aquella academia fuera imposible, o tal vez indecente; sólo diré que el humo de los cigarros, los gritos y palmadas del tío Gregorio, la bulla de todas las voces, el ruido de las castañuelas, lo destemplado de la guitarra, el chillido de las gitanas sobre cuál había de tocar el polo para que lo bailase Preciosilla<sup>14</sup>, el ladrido de los perros y el desentono de los que cantaban, no me dejaron pegar los ojos en toda la noche. Llegada la hora de marchar, monté a caballo, diciéndome a mí mismo en voz baja: ¡Así se cría una juventud que pudiera ser tan útil si fuera la educación igual al talento! Y un hombre serio, que al parecer estaba de mal humor con aquel género de vida, oyéndome, me dijo con lágrimas en los ojos: —Sí, señor.

<sup>12</sup> *ásperas*: en D-G, «ásperos»; pero *modales* era ambiguo.

<sup>13</sup> *saludes*. Resultan característicos y expresivos estos insólitos plurales cadalsianos. Ya en la Carta VI ha hablado de *mases*, plural de *más*, como éste lo es de *salud*.

<sup>14</sup> Críticos y comentaristas han pensado inevitablemente, ante este nombre, en la protagonista de *La gitanilla* de Cervantes.